



pleno tuvo que enfrentarse a la férrea actitud del concejal de Unión Republicana José González y Fernández de la Bandera, argumentando Bago Quintanilla que se había efectuado un plebiscito entre los vecinos de la calle y éstos deseaban volver a su rotulación anterior. Tras la oportuna votación, se decidió que la vía se denominaría de nuevo como Jesús del Gran Poder.

Como ateneísta ocupó distintos cargos, desde una edad de juventud. En 1917 figuró como vicepresidente de la sección de Literatura de la Docta Casa. En 1927 y en 1928 ocupó cargos en las juntas presididas por Manuel Blasco Garzón, siendo este período decisivo para la ciudad y el Ateneo por la intensificación de las acciones encaminadas a la organización de la Exposición Iberoamericana de 1929. De 1932 a 1936 figuró en cuatro juntas directivas como bibliotecario, las dos primeras bajo la presidencia de José Salvador Gallardo y las dos últimas bajo la de Ángel Camacho Baños. No cabe duda que en la década de los veinte y durante la Segunda República continuó Miguel Bago Quintanilla en la brecha de la política municipal.

Como joven ateneísta debió participar con ahínco en la organización de la Cabalgata de Reyes Magos del Ateneo de Sevilla, y en 1935 encarnó al rey Melchor (Melchor XVIII), lo cual tiene un significado de apoyo a la ya entonces muy querida Cabalgata por el pueblo sevillano, toda vez que con el advenimiento de la República se alzaron voces que reclamaban la erradicación de la festividad y el cortejo como repudio a la realeza de los personajes encarnados. Por tanto, ser rey mago en la Sevilla de la Segunda República simbolizaba un valor añadido neto al simple desempeño del cargo.

Algo similar puede decirse en cuanto a su papel desempeñado en el Ateneo durante la etapa de la Segunda República, pues algunas de las instituciones sevillanas se resintieron, y no siempre hubo personas dispuestas a encabezar la configuración de juntas o grupos directivos,

tal vez por un deseo de escapar de la inestable realidad política. Miguel Bago Quintanilla estuvo dispuesto a dar su testimonio en los momentos difíciles e hizo gala de una defensa ardiente de lo que consideraba estaba unido a la forma de ser y de pensar de sectores numerosos de la sociedad sevillana, con independencia de las ideologías y del fragor de la lucha política. **José Domínguez León.**

BALLESTA MAQUEDA, MIGUEL

En la noche de aquel sábado, 21 de febrero de 1998, a punto ya de finalizar en El Rastrillo una jornada tan concurrida y positiva como lo fueron para sus fines cada una de las doce ediciones hasta entonces mostradas por la generosa iniciativa de Nuevo Futuro, siempre entregada en favor de la infancia desvalida, Pilar Caños, esposa de Ramón Vila, prestigioso cirujano de la plaza de toros de la Real Maestranza de Caballería, telefoneaba al domicilio de Miguel Ballesta para, interesándose vivamente por la ya muy quebrantada salud del artista, hacerle saber también que esa misma tarde había sido vendido el original del cartel que él hizo para anunciar aquella nueva cita de Sevilla con su ya acreditado mercadillo de artesanía, antigüedades y objetos usados, con tanto celo presentado cada año y con el que tan estrechamente vinculado se encontraba desde su primera cita con Sevilla.

“Ea, misión cumplida”. Con estas palabras que debieron brotarle de lo más profundo del alma, acompañadas de un frustrado intento de sonrisa, preñado de dolor, expresaba el pintor lo que, desgraciadamente, no tardaría en ser confirmado. Aquella era la última satisfacción que le tenía reservada su vida en este mundo. Como artista, confirmar la favorable acogida prestada a una obra en cuya ejecución tanto cariño, intencionalidad y maestría había puesto y de la que tantas reproducciones de ese cartel



llevaba firmadas hasta la tarde del día anterior, cuando se vio obligado a abandonar aquel abarrotado recinto del antiguo Casino de la Exposición porque, bien lo sabía él, ya no podía con su alma, siempre puesta al servicio de los demás y que en la madrugada del lunes, día 23, se le fue del cuerpo con su último suspiro.

“Aquí el mar y allí Sevilla.
el corazón hecho ola.
Y un rumor de caracola
en la paleta amarilla.
¿Quién trajo el olé a la orilla
de estas marismas de seda?
¿Qué Miguel se va y se queda
de este “coro al caño” en rito?
¿Quién pintó la luz del grito?
Miguel Ballesta Maqueda”

Con estas hermosas palabras, firmadas y rubricadas en Madrid por Francisco Garfias un día cualquiera del ya lejano otoño de 1976, suscribía el gran poeta moguerense su espléndido ramillete de versos contenido en *Décimas para Miguel Ballesta, entre Sevilla y el mar de Huelva*. Y es allí, en la hermosa Costa de la Luz que atesora la prerrománica Ónuba, mismamente sobre la arena dorada de la playa y la callada vecindad de los pinos de Mazagón, donde el artista sevillano se hizo su casita a modo de antigua casa de vecinos trianera, aunque eso sí, constantemente arrullada por el rumor de las olas y el incansable ir y venir de las gaviotas que surcan el luminoso azul de su cielo. Allí, plácidamente sentada en el pequeño patio donde, en el suelo y también en sus encaladas paredes, se alineaban las macetas de barro cocido donde crecían y se multiplicaban sus plantas y flores, la siempre sonriente presencia de doña Natividad, la anciana madre del artista. Ella, coronada a diario por su hijo Miguel con una fragante moña de jazmines, ejerciendo cada verano su siempre discreto y sonriente matriarcado.

“Elestudio”. Así, con esa contracción gramatical tan de nuestra tierra, había sido rotulada la gran paleta de pintor que, al borde de la carretera, éste había dispuesto junto a la puerta de entrada a su parcela. Desde allí, el descenso por un abrupto terreno cuajado de pinos y también de algunas rocas, cortes y pendientes, conduce al visitante a esa casita tan andaluza, que no chalé, por supuesto, construida a la vera misma de la playa. Allí, unas veces en la callada soledad de su estudio, cuyas paredes se encontraban, como el de Sevilla, repletas de cuadros, pinturas y dibujos a él dedicadas por algunos de sus mejores compañeros y amigos. Otras, en todo lo alto de la breve azotea donde, en ocasiones, instalaba su caballete para ampliar aun más el ancho horizonte que, con tan bellas tonalidades y reflejos, se le ofrecía tan cerca y a la vez tan inmensamente lejano. Otras, las más, buscando entre los pinos los destellos dorados de la luz que en los médanos se muestran tan cerca ya de la playa.

Tanta belleza expresada en sus cuadros quedaría reflejada, ya para siempre, en los versos, también de Francisco Garfias, contenidos en *Coplas para las ‘Marinas’ de Miguel Ballesta*, donde, entre otras, nuestro Premio Nacional de Literatura había cantado:

“Ay el mar de Ballesta,
qué bien parece
con tanto azul volado
de oros y verdes.
De espumas blancas.
¡Sevilla marinera
dentro del agua!”

Miguel Ballesta Maqueda abrió su mirada al mundo el día 20 de enero de 1929, en el populoso barrio de la Puerta Osario. Fue en la calle Gallos, cerca ya de la parroquia de San Román, donde fue bautizado en la entonces llamada “Pila de Los Gitanos”. Con siete años empezó a estudiar solfeo con los hermanos Pantión y cantaba ya en el coro que éstos tení-



11.- Obra de Miguel Ballesta. C. P.

an en la Sociedad Económica de Amigos del País, formación que, seis años después, se vio obligado a abandonar por una sensible pérdida de voz. También, todo hay que decirlo, confesaba, porque algunos años antes viviendo en la Cava de los gitanos, frente al Monte Pirola, había comenzado a percibir las primeras llamadas de su ya irresistible vocación por las artes plásticas. Allí, viviendo en aquel arrabal trianero, frecuentando chozas y fraguas, se despertó en él su interés por ese mundo de gitanos que, desde sus primeros dibujos y de aquellas figuritas de barro para el Nacimiento que luego vendía a los chiquillos de su colegio, tanto protagonismo adquiriría ya para siempre en el contenido de sus obras.

Aquellas aptitudes artísticas no tardaron en ser advertidas por su padre, nacido en Marchena y allí dedicado a las labores del

campo hasta que, de muchacho y soltero todavía, trasladó su residencia a Sevilla. Y fue en la capital andaluza donde, trabajando entonces como tranviario, pudo completar sus estudios en el Instituto Británico y adquirir la condición de funcionario municipal en el Ayuntamiento de la ciudad. Gran aficionado a la guitarra, siempre quiso que sus cuatro hijos fueran músicos. Uno de ellos, el mayor, hizo la carrera de violín; pero el segundo, Miguel, como él, ya se sabe: con trece años ingresó en el Ayuntamiento como "botones", matriculándose al mismo tiempo en la escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes, establecida entonces en uno de los pabellones de la Plaza de América. En ella, a partir de 1942 y durante ocho años, fueron sus maestros los pintores José María Labrador, Juan Rodríguez Jaldón, Gustavo Gallardo, Félix Lacárcel, Santiago Martínez y el escultor Juan Luis Vasallo.

Tan prolongada estancia en ese centro docente la justificaba el joven alumno no presentándose cada año al examen de Dibujo del Natural, circunstancia que, a pesar de sus buenas notas, le permitía inscribirse para el curso siguiente y, lo que para él era tan importante, disponer de un modelo. Algo que, dada su obligación de trabajar en el Ayuntamiento hasta las seis de la tarde y su imposibilidad económica de matricularse en la Escuela Superior de Bellas Artes, sólo le fue posible continuar haciéndolo cuando, a partir de las diez de la noche, al salir de la Escuela, acudía a la sala de dibujo del Ateneo de Sevilla, donde, como socio del mismo, continuaba dibujando del natural hasta la medianoche.

El Ayuntamiento de Córdoba le había brindado a Miguel Ballesta la oportunidad de que una exposición de su pintura, hasta entonces inédita públicamente, inaugurara en 1950 su Sala Municipal de Arte, con una muestra personal de su obra. Dado que el pintor, asediado sobre todo por los encargos de retratos, no había logrado reunir obra suficiente para ello, propuso a los organizadores la posibilidad



12.- Miguel Ballesta Maqueda. C. P.

de una colectiva en la que, entre otros artistas, estaban representados los también sevillanos Francisco Moreno Galván, Rafael Rodríguez y su hermano Juan Antonio. No es posible detenernos aquí, ni siquiera resumir, el elevado número de colectivas y certámenes en los que, a partir de aquella, su obra ha estado representada. Tampoco, ni seleccionar siquiera entre la nutrida relación de premios y distinciones que jalonan su fecunda andadura artística, pero sí debemos recordar sus primeras exposiciones individuales en Sevilla: Ateneo (1955), Sala Florencia (1966), Galería Melchor (1975) y Ayuntamiento de Moguer, en homenaje a Juan Ramón Jiménez (1981).

Junto a éstas, aquellas otras acciones de carácter póstumo que, honrando la memoria del artista sevillano meses después de su muerte, fueron las exposiciones de su obra, presentada la primera en un hotel de Mazagón, donde aquel mismo verano de 1998 sería ratificada por su Ayuntamiento la rotulación de una calle

con el nombre de "Pintor Miguel Ballesta". Circunstancia a la que, antes de que finalizara aquel mes de julio, sucedería en Moguer una más amplia exposición de sus obras, presentada en el marco espléndido del Monasterio de Santa Clara. Algo que, lamentablemente, en Sevilla, tantas veces motivo fundamental de buena parte de su obra, profundamente enraizada en su tradición pictórica, siete años después de su muerte, todavía no se ha producido. Esperemos que alguna vez volvamos a tener ocasión de contemplar públicamente su pintura. Aquella su notable penetración en la personalidad de sus retratos, la belleza del paisaje, y la gracia singular de las naturalezas y objetos que llevaba a sus composiciones.

Bueno sería que el Ateneo de Sevilla, que brindó a Ballesta la oportunidad de presentar la primera exposición individual de su andadura artística, volviera a mostrarnos ahora, cincuenta años después, una síntesis de su obra. **Manuel Lorente Garfias.**